



1

Mi viaje al oeste, mi vieja casa en la montaña

Era el otoño de 1981 y mi periódico, el *Leinster News*, me había pedido un artículo sobre el folclore y la evolución de las costumbres de Irlanda, oportunidad que no dejé escapar, y aproveché para volver a mi Slievenageeha natal, que no visitaba desde hacía años.

Y mucho me alegré de hacerlo, porque para mi sorpresa resultó ser la semana de las fiestas del pueblo, y justo en el momento en el que yo entraba en el pueblo daba comienzo un *ceilidh*. En la plaza, sobre un tosco entarimado, un conjunto de *slap-bass* aporreaba con entusiasmo los instrumentos y un viejo bigotudo rasca-ba el violín, produciendo fogosos ritmos de baile. Debía de andar cerca de los setenta, con una mata de pelo rizado y cobrizo y una barba poblada y rebelde salpicada de canas. Se palmeaba los muslos y gritaba y silbaba, animando a cantar con el típico «vamos, todos juntos» a quienes conocieran la canción.

Éstos, por lo visto, no eran exactamente multitud: de hecho, parecía que nadie en absoluto se sabía la letra. Como la prosperidad había llegado hasta el valle, puede que ahora creyesen que esas baladas estaban algo pasadas de moda. Pero no faltaban gritos de entusiasta aprobación:

—¡Muy bien, Ned! ¡El mismo de siempre!

—¡Qué bueno, Papito! ¡Vaya que sí!

Mientras tanto, el conjunto seguía cantando y tocando alegremente y la letra flotaba sobre los altos pinos:



Qué guapos estamos, aquí tendidos
mi amigo y yo, para siempre unidos,
como dos novios sobre la tierra dura y fría
desde que asoma el sol hasta el final del día.

En sintonía con la idea de «los buenos y viejos tiempos», todo el mundo se había vestido con ropas y calzado tradicionales, y no había ningún medio de transporte moderno a la vista, sólo una variopinta mezcla de carruajes y carretas. No faltaban las exhibiciones de ganado y las subastas de reses, los concursos de caballos de tiro y de aves de corral. Una mujer que llevaba una cofia se ofreció a venderme «los mejores» huevos de granja. Se lo agradecí muchísimo, pero decliné cortésmente la oferta, aunque debo confesar que luego lo lamenté cuando ella mencionó a mi padre. Me comentó que lo había conocido bien.

—¡Ah, sí!, dijo. El Viejo Hatch... ¡Si es que, en aquellos tiempos, nos conocíamos todos!

Después, por casualidad, me encontré con el viejo violinista. En ese momento tenía el rostro de un rojo furioso y vi como arrojaba el instrumento sobre la mesa con indisimulado desdén. Me contó que había estado bebiendo todo el día. Le pregunté si aceptaría una entrevista para mi periódico. Dijo que sí, con una condición: tendría que invitarlo a un trago y brindar con él.

Acepté de buena gana y el viejo me miró con desconfianza, entornando los ojos. Cuando fui a hacer el pedido, el camarero me estrechó la mano y me dio una calurosa bienvenida a Slieve-nageeha. Le dije que había nacido allí y que estaba encantado de volver.

—Siempre es agradable recibir a los nuestros con los brazos abiertos, observó con alegría, antes de añadir: ¡Y veo que ya ha conocido al Papito, el granuja salvaje de las montañas!

—Desde luego, ¡y qué buen músico!

Me entregó las copas con una carcajada.

—Músico sí es: siempre anda tocándote algo. ¡Ja, ja!

Cuando le pregunté qué quería decir, echó la cabeza hacia atrás y dijo que sólo era una broma. Cuando ya me daba la vuelta para regresar a la mesa, con un guiño cómplice, añadió:

—Tenga cuidado con sus batallitas. Nunca sabes si creértelas o no. En cuanto empieza, es tremendo. A todo el mundo le cuenta que vivió varios años en los Estados Unidos. Y estoy seguro de que el pobre cabrón no ha salido nunca de este valle. Jamás ha puesto un pie fuera de Slievenageeha. Ahí tiene sus copas, ¡bienvenido y muchas gracias!

Cuando regresé junto a mi compañero con los vasos me di cuenta de que había estado escuchando toda la conversación entre el camarero y yo.

—No le hagas caso, bufó el viejo mientras yo me sentaba, el pobre capullo chochea. Sin ir más lejos, ni siquiera nació en la montaña. No es uno de los nuestros. Que les den por culo a Redmond y a su mujer. Ja, ja. ¡Salud! *Slainte mhaithe, a mhic og an chnoic! Failte abhaile.*

A tu salud, joven hijo de la montaña. Bienvenido a casa.

Nos quedamos en el pub hasta bastante después de la hora de cierre y luego me invitó a su casa, si a aquello se le podía llamar casa. Tardamos cerca de media hora, subiendo por un escarpado sendero montañoso, atravesando un vivero de abetos, matorrales enmarañados y verdes espesuras de helechos. Por fin llegamos a una desvencijada choza, visiblemente construida con cualquier material que hubiera a mano. Del techo, aquí y allá, brotaban abundantes matas de hierba.

Cuando hubimos entrado, encendió una vela y la pegó en el centro de la mesa. Poco a poco, se fue proyectando una silueta en

la pared. Arrancó con los dientes el corcho de la botella de whisky y mientras lo escupía me lanzó aquella extraña mirada; después localizó dos mugrientas tazas.

—Así que eres el hijo del Viejo Hatch. ¡Qué interesante!, dijo encendiendo un faria y sentándose de golpe en la chirriante mecedora. Era estupendo con las cartas, tu padre. Él y Florian, aquel hermano suyo. Como suele pasar con muchos hombres del valle, resultaba difícil distinguir a uno del otro. A los forasteros les cuesta distinguirnos a los campesinos, con nuestras barbas pobladas y las cabezas cubiertas de pelo rojo rizado. Hay quien dice que lo hacemos a propósito, que nos refugiamos en la maraña de nuestra tribu para que no se pueda echar a nadie la culpa de las maldades que a veces cometemos. Como tu padre, por ejemplo, que, válgame Dios, arruinó la vida de tu pobre madre. La verdad es que una noche vi cómo la pateaba. Una patada en todo el trasero, y Florian no hizo nada, salvo desternillarse de risa, todo porque ella había tardado un poco más de la cuenta en llevarle la bebida. Y entonces, para rematarlo, tu madre va y se muere, ¡y eso que todavía era joven! Pero él no se puso raro ni nada parecido. No, claro que no. Aquí estamos hechos de una pasta más resistente. En cualquier caso, ahora podía dedicar todo su tiempo a las cartas. ¿No es así, señor Hatch?

Se dio un golpecito en el pie y me miró maliciosamente. No le contesté. Estaba demasiado perplejo por su franqueza.

—Verás muchos cambios, Redmond, dijo. Esto ya no se parece nada al sitio que era.

Tosí con una cortesía ridículamente fuera de lugar. En parte, debo confesarlo, para ocultar mi incomodidad. Hacía tanto tiempo que me había ido que no encontraba una respuesta adecuada.

—Ha habido muchos cambios, coincidí, supongo que porque estamos entrando en el mundo moderno.

El viejo asintió sin dejar de mecerse. Durante un largo rato no habló. Después levantó su corpachón y dijo:

—Quiero decirte algo y quiero que lo recuerdes, Redmond, amigo mío.

Me clavó la mirada.

—La montaña no se va. No se va, ¿me oyes?

De repente se puso tenso y frunció el ceño.

—¿Me oyes?, repitió. Te estoy hablando... ¿Qué te pasa, te has quedado *sordo*?

Gesticulando con el faria, prosiguió en tono obsesivo:

—Una vez, Redmond. Había una mujer. La vieja. Y la vieja ¿qué hacía? Estaba sentada en su cabaña. Sentada en su cabaña una noche, muy tarde. En una casa sencilla muy parecida a ésta, sentada en la silla y tejiendo. Meciéndose como yo ahora. Entonces, de repente, lo oyó. Oyó el ruido. Al principio pensó: No es nada, no le daré más importancia. Pero luego ¿qué ocurrió? Lo oyó de nuevo. Lo oyó de nuevo, Redmond. Levantó la mirada y lo vio allí delante. Primero la sombra, y al mirar hacia arriba lo vio. De pie ante ella, mirándola. Mirándola con aquellos dos ojos muertos. En ellos no había sentimiento, Redmond. Aquellos ojos estaban muertos. ¿Sabes cómo eran? Dos agujeros negros. Como dos agujeros negros metidos en el cráneo. No era un ser humano, Redmond. Era una *criatura*. Una *cosa* que había llegado sigilosamente esa noche. Eran tiempos difíciles, Redmond. Así era la vida en esos sitios rurales, y tú lo sabes. Los recuerdos no se van con facilidad. ¿Te parece que se pueden ir así, de un día para otro?

Yo no sabía qué decir. Sacudí la cabeza y miré hacia el suelo, inexpresivo, haciendo girar en la taza el licor incoloro.

—No, respondí.

—Exacto, Redmond, añadió, claro que no. Duran tanto como los malditos pinos. Hasta que se cubra de escarcha el infierno, Redmond. ¿Me oíste cantar hoy esa estrofa?

Antes de que yo pudiera responder, su violín había aparecido como por arte de magia y el arco iba y venía mientras él gruñía:

¿Hasta cuándo estaremos aquí, oh, Señor?
 Cuando cubran las nieves del infierno el alcor.
 ¡Cuando cubran las nieves del infierno el alcor!

Arrojó el instrumento y escupió con desdén:

—Es verdad. Hasta entonces. Hasta entonces... ¡No lo olvides! ¡No lo olvides, Redmond Hatch!

Una rama torcida golpeó con suavidad contra la ventana. En el silencio, el humo del tabaco flotaba sin rumbo pasando por delante del cristal negro. Permanecimos allí, rodeados de sombras que parecían embestirnos para luego retroceder una vez más, como si repitieran los movimientos de un juego infernal.

Dijo que me contaría todo lo que quisiera saber. No había nada sobre el valle que desconociera, dijo.

—Ned es el menda que conoce la historia, insistió, porque ha vivido aquí más que cualquiera de esos cabrones. Desde que el viejo Dios creó el mundo, añadió con una carcajada. Fui a la escuela con tu padre y con tu tío Florian. Florian se creía el tío más duro del lugar. Se metió una vez en una riña a cuchillazos. De allí sacó la cicatriz de la mejilla. ¿Y sabes quién se la hizo? ¿Sabes quién le hizo la cicatriz, Red?

Se apuntó con el dedo hacia el pecho.

—Servidor, resopló, henchido de júbilo.

Usaba muchas expresiones que me resultaban conocidas de la infancia.

—Tu maldito servidor, dijo con otra carcajada, antes de levantarse de la silla y plantarse ante mí, imponente.

—Esto lo hice yo, dijo, volviendo a llenar generosamente las tazas con un gesto triunfal, el auténtico aguardiente «claro» de Slievenageeha Mountain. Así lo llamábamos tu papá y yo. Tu padre, caramba, nunca he visto a nadie más duro. Era capaz de tomar cla-

ro hasta que le salía por las orejas. Vamos, vamos, sírvete otro poco, Redmond. ¡Cuando estemos bien borrachos, saltarán más chispas en el valle que la noche en que meé sobre la valla eléctrica!

Hice lo que me pedía. Y vaya si tenía razón. El clarillo aquel bajaba que era un gusto. Como señaló Ned volviendo del aparador:

—¡Te deja con ganas de repetir! ¡De repetir, Redmond!

Tanto repetimos, en realidad, que no conseguí llegar a casa. Sólo recuerdo que estaba con él delante de la cabaña, mirando hacia el valle donde se recortaba, contra el cielo cada vez más oscuro, el esqueleto que formaban las vigas del nuevo centro comercial. Me contó que proyectaban construir una autopista.

—Hablan incluso de un casino, dijo, que van a llamar el Gold Club. Creo, amigo mío, que apuntan demasiado alto. De todos modos, nada de eso se hará.

—¡Ja!, gruñó. ¡Ja!, y me dio una sonora palmada en la espalda.

Tambaleándome, agotado pero satisfecho, bajé por el tortuoso camino y llamé a Catherine desde la cabina telefónica del pueblo y me justifiqué balbuceando una ridícula excusa. Después, claro, me di cuenta de que no tendría que haberme preocupado. No había ninguna necesidad de inventar pretextos. Al menos en esa época. Porque Catherine y yo nos llevábamos de maravilla. Por el tono de su voz te dabas cuenta de que no estaba nada preocupada. Mientras yo estuviera disfrutando, dijo. Eso era lo único que le importaba.

—Me alegro de que hayas ido, le oí decir, siempre he tenido la sensación de que era algo que necesitabas, volver a Slievenageeha, a tus montañas natales.

—Gracias, labios de miel, dije, enviándole un beso por teléfono.

«Labios de miel» era uno de nuestros mote más personales e íntimos. Sé que suena cursi, pero nos encantaba.

Cuando regresé a la casa, Ned estaba de pie con el violín preparado.

—¡«El orgullo de Irlanda»!, exclamó, y se puso a tocar una vertiginosa giga, rugiendo de entusiasmo: ¡«Dale vuelta y mueve el esqueleto»!

—¿Más claro?, le pregunté, sonriendo como si fuera medio idiota, con una rústica naturalidad nada convincente.

A su lado, con la botella en la mano, todavía me sentía bastante inseguro.

—Que la mano generosa nunca tiemble... ¡Eres un auténtico caballero, Redmond! Un digno hijo de tu padre... ¡Un indómito hijo de tu padre!

Cuando volví a mirar, la luna había desaparecido, transformada en un luminoso sol de plata.

Después de esa experiencia empecé a visitar el valle a menudo. Los viernes me iba con impaciencia de la ciudad, esperando ansioso más historias de Ned sobre la vida en el valle en los viejos tiempos. Sus relatos parecían no tener fin; cada uno era más descabellado que el anterior. Había historias de partidas de cartas, borracheras y mujeres, robos de ganado y carreras de caballos y *ceilidhs* que habían durado semanas. A veces tenía la firme impresión de que se las inventaba sobre la marcha.

Yo siempre parecía llegar en el momento en el que estaba dando de comer a las gallinas. Tenía en un gallinero diez u once Buff Orpingtons. No había nada que les gustara más a los niños de las nuevas granjas que ir a que el bueno del «Papito» les contara alguna historia y acompañarlo mientras alimentaba las gallinas. Sobre

todo el pequeño Michael Gallagher, el alegre pecoso que siempre estaba cantando.

—Soy el mejor mejor amigo de Ned, me decía.

Las madres y los padres estaban encantados con Ned. Se «pirraban por él», se les oía decir. Sobre todo las madres. Decían que era «un tónico» y «fabuloso con los niños». Verdaderamente estupendo tenerlo cerca.

Lo último habían sido sus clases de violín. Toda la gente que hablaba conmigo estaba también entusiasmada con eso. Entrevisté a algunas de las madres, y para ellas tener a personajes como Ned en la comunidad era una excelente manera de que sus niños descubrieran una Irlanda que estaba desapareciendo a toda velocidad, si es que no había desaparecido ya del todo.

Lo veías andar por ahí riendo, saludando a los padres mientras silbaba alguna giga. O charlando con ellos, contándoles alguna anécdota, mientras dejaban a sus chicos en el «*ceilidh* infantil de Ned», que éste organizaba en la escuela los fines de semana. Por supuesto, Ned había conocido a la mayoría de las viejas familias. Podía recitar sus nombres en cualquier momento. Estaban totalmente embelesados con su forma de hablar, todas esas expresiones que uno sólo oía en el habla de antaño. Proverbios medio olvidados que ya casi nadie recordaba. Lo único que Ned tenía que hacer era decir algo así como:

—¡Me encontré con el viejo Quirke allá en el camino y, chavalines, tenía la misma cara que un culo comiendo cardos!

Y, sin excepción, todos se reían como locos, prácticamente se meaban de risa. Las conversaciones con Ned Strange siempre se les hacían cortas.

—No hay quien supere al Papito, les oías decir, es nuestra mejor baza. ¿Cómo sería Slievenageeha sin él? Un sitio muy, muy aburrido por muchos progresos que hagamos en el futuro.

Cuando pasaban en coche a su lado siempre lo saludaban con la mano.

—¡Allí está, nuestro Papito!

Mientras Ned dejaba de mirar las gallinas y sonreía. Era un nombre que realmente le caía bien: Papito.

Mientras, Ned daba de comer a las gallinas y silbaba sus gigas; la perfecta estampa de una vejez satisfecha.

Supongo que en cierto modo era como si se tratara una especie de montaña noble, inamovible, magistral, que daba la sensación de existir, literalmente, desde hacía siglos. Desde mucho antes de que llegara ninguna forma de progreso.

—¡Desde que expulsaron al primer ángel!, como hubiera dicho él. ¡Desde que echaron a patadas del cielo al primer ángel!

De vez en cuando tenía la sensación de que algo que él había dicho, o la manera en la que lo había dicho, no cuadraba. Que se había estado *esforzando* por impresionarme o algo parecido. A veces incluso me imitaba el acento ante mis propias narices. Otras veces era su mirada, que no me gustaba en absoluto. Me ponía incómodo, me revolvió el estómago.

Hubo una noche en concreto que recuerdo con humillación. Apoyó la barbilla en la mano y acercó su silla a la mía. Luego sonrió.

—Tu padre y yo fuimos al *ceilidh* de Athleague. Tu tío Florian estaba allí. Tomamos más cerveza negra que nunca. Y después empezamos con los bailes. Florian se bajó los calzones y se puso a bailar en el centro de la sala. ¡Qué risa nos dio a tu padre y a mí! Porque Florian, como sabes, era un demonio para el baile. No había pieza que no supiera. Y tu padre también tenía sus momentos. Ya lo creo, hijo, papá Hatch y su hermano Florian eran muy conocidos en este valle. Tendrías que estar orgulloso de ellos: eran el blasón de la montaña, tu querida y afectuosa familia. Aunque luego te metieran en la inclusa, ¡ja, ja!

No se inmutó ni un segundo. Sentí que me ardían las mejillas. Se quedó allí parpadeando, sin decir nada. Yo estaba a punto de quejarme cuando, de repente, levantó una pierna y se alzó de hombros mientras expulsaba alegremente una ventosidad.

—Un buen petardo del culo, ¡el mejor del día!

Antes de que yo pudiera pronunciar palabra, abrió otra botella de claro.

Cuando volví a levantar la mirada, el pálido fuego del sol alumbraba el cielo.

Después de nuestra «sesión» atribuí mis reticencias a mi nueva, previsible, pedante y asumida condición de urbanita. Sencillamente había estado ausente demasiado tiempo, razoné, y en mayor o menor medida me había desconectado, apartado de la vida que había conocido en otra época, como se vivía en algún momento en la montaña desnuda y árida, en un pequeño pueblo soñoliento que ni siquiera figuraba en el mapa. Había perdido las aptitudes. Me faltaba algo. Era demasiado consciente de la vergüenza y de la antipatía. Y él lo sabía. Sabía que yo haría casi cualquier cosa para evitar un enfrentamiento. Lo que convenía de manera admirable —mejor dicho, de manera perfecta— a sus objetivos. Nada le gustaba más que jugar con la gente.

Para decirlo sin rodeos, se divertía. Jugando conmigo, claro. ¿Qué otro nombre se podría dar a aquello?

Me consolé pensando que si me había vuelto enfermizamente civilizado y me había apartado de mi gente y de mis raíces, al menos no estaba solo, porque en el valle todo el mundo hacía lo mismo, a juzgar por las alegres viviendas clónicas, por no hablar de los acentos transatlánticos y las urbanizaciones de crecimiento rápido con nombres más apropiados para el sur de Inglaterra que para

Slievenageeha: «Prados del Valle», «Villa Prímula», «Las Ermitas».

Por eso Ned, sin trabas de ninguna nueva e importada ortodoxia, por común acuerdo, había llegado a encarnar el auténtico espíritu del pasado y de la tradición. Era como si se hubiera decidido que con tener a Ned era suficiente. Eso bastaba para mantenerse en contacto con las tradiciones y costumbres de un pasado en vías de extinción.

—*¡Ja, ja!*, se los oía reír, mientras contaban entre carcajadas otra de las «historias de Ned».

—Mi madre también criaba gallinas en el patio trasero, hace mucho tiempo, cuando todo era más sencillo.

—De todos modos, ¿no es fantástico tener a alguien como Ned? De lo contrario, nuestros chicos no sabrían nada de nuestra historia.

—A veces pienso que estamos perdiendo el alma, ¿sabe, señora?

—No mientras esté por aquí Ned para recordárnoslo. Se encargará de que no nos extraviemos.

—Así se habla. «El orgullo de Irlanda» y «Las gallinas de Jenny».

«Las gallinas de Jenny» era otro de sus bailes preferidos.

—*¡Ja, ja!*, se reían.

—*¡Ja, ja, ja!*

—*¡Ja, ja, ja*, gracias a Dios que existe Ned Strange!

Era la primera vez que presenciaba su ira y que veía los abismos en los que podía caer. No tenía ninguna prisa por verlos de nuevo. Aún me sigo estremeciendo cuando me acuerdo. Se había topado con el viejo libro por accidente. Era un volumen antiguo y desvencijado, con un asqueroso olor a moho. Le temblaba la voz mientras pasaba las empapadas páginas. Yo apenas pude descifrar

el título debajo de su pulgar, escrito con oro batido ya descascari-llado. Decía: *El hechizo del corazón*.

—¡Mira!, escupió. Ahí pone su maldito nombre: «John Olson». Se lo regaló a esa puta desgraciada. Yo sabía que no me equivocaba. ¡Sabía que no me equivocaba con Annemarie Gordon!

Era la primera vez que mencionaba a Olson en mi presencia. John Olson era un vecino que había hecho fortuna en los Estados Unidos.

—Se creía el dueño de todo esto, prosiguió, siempre andaba por ahí en esa grande y lujosa limusina Cadillac. Tendrías que haber visto su cara arrogante. Os voy a honrar con mi presencia. Para que os podáis sentir afortunados. Sí, sois afortunados, escoria bastarda. Eso era lo que Olson pensaba para sus adentros. Eso era lo que decía su aspecto, Redmond. *Miradme*: ¿qué os parece? ¿Soy o no soy el rey de la montaña? ¿Sois o no sois afortunados de tenerme en casa? Ay, Slievenageeha, yo creo que sí. Creo que sois muy afortunados. Y bien que lo sé. Al fin y al cabo, soy el señor John. ¡Soy el puto señor John Olson!

Aplastó el faria con el tacón de la bota.

—Cabrón, dijo. Cabrón e hijo de puta: tendría que haberlo degollado. Como que estoy aquí en mi puta cocina. ¿Me oyes, Redmond? ¿Me oyes, muchacho?

Yo seguía esperando contra toda esperanza que cambiara de humor, como ocurría tantas veces, de improviso, cuando de repente se echaba a reír e insistía en que todo había sido una broma.

Pero esta vez no lo hizo. Se quedó en silencio, jugueteando con aquel libro húmedo que se le desintegraba en las manos. Mirando, con alarmante tenacidad, la borrosa dedicatoria: «A Annemarie, de John Olson, con cariño, Slievenageeha, 1963».

Empezó a darme miedo oír el nombre de John Olson. Pero que me diera o no me diera miedo no parecía tener la menor importancia.

—No me arrepiento de lo que le hice, vociferó. Por eso, Remond, fui a los Estados Unidos. Ellos no creen que haya ido. No creen que ni siquiera me haya acercado a los Estados Unidos. Eso es lo que dicen. Eso es lo que te contarán en el pub. Eso es lo que te contó el cantinero la primera noche. Ya lo sé. Oí lo que decía. El viejo Ned nunca sería capaz de hacer una cosa así. Jamás se alejaría de estas montañas. Estas montañas son su hogar, el único hogar que conoce.

Con un susurro, añadió:

—Pero en eso se equivocan. Porque Ned sí se alejó. *Fue* a los Estados Unidos. Fui allí, y también a muchos otros lugares. Pero esos estúpidos ignorantes jamás lo sabrán.

Intenté inventar un pretexto para irme. Pero era como si él me desafiara a hacer eso mismo. Seguía con su monólogo. Nunca había oído nada tan venenoso, ni siquiera de su propia boca. Me agité incómodo en la silla. Ned me lanzó una mirada acusadora.

—Tú quieres decirme algo. A mí. ¿Qué quieres decirme, Remond?

—Contabas que le habías hecho algo... a John Olson, balbuceé. ¿Qué fue, Ned?

—Le hice mucho daño. Lo rajé con un cuchillo. No, no fue eso. Le pegué. Le pegué hasta dejarlo casi por muerto. Eso, Remond, fue lo que le hice a esa víbora de Olson.

Se le llenaron los ojos de odio. Vi el reflejo de mi cara pálida en la ventana.

—¿Por qué tuviste que hacerlo?, le pregunté.

Sonaba estúpido. Me doy cuenta ahora. No tendría que haber dicho nada.

Se acarició la barba y entonces, de repente, me soltó:

—¿Por qué? ¿Te he oído preguntar *por qué*, Redmond? ¡Porque se lo merecía, imbécil! ¡Se lo merecía por lo que nos hizo a mí y a mi Annamarie!

Era como si todas las sombras de la habitación hubieran decidido de repente converger en mi silla. Como si todas juntas quisieran saber lo mismo: ¿para qué haces preguntas estúpidas, Redmond?

Como un tonto, me había derramado un poco de claro en la chaqueta. Era evidente que Ned se había dado cuenta pero había decidido no decir nada. Enderezó la taza y con voz triste continuó:

—Hay quien dice que si una mujer te hace daño, si decide apartarse del nido conyugal, lo que debes hacer, la responsabilidad que te cabe, es buscar en tu corazón para ver si debes perdonarla, del modo que sea. Pero da la casualidad que yo no lo creo, Redmond. Es cierto que busqué en mi corazón pero no encontré allí nada que me fuera útil. Nada. También probé con Jesús, Jesús y sus compinches bienhechores. Pero tampoco ellos me sirvieron. Nada. Nada de nada, muchacho. Ni un carajo. ¿Te decepciona lo que digo, Redmond? Si es así, te pido disculpas. Lo cierto es que aquello me había afectado tanto que tuve que volver a preguntárselo. Annamarie, querida, le dije, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué permitiste que Olson te hincara el garrote? Pero no me lo contaba, seguía diciendo que *no* se lo había permitido. Hasta que, te juro, amigo Redmond, no aguanté más y le dije: Annamarie, sabes lo que va a pasar. No, dijo ella, ¿qué va a pasar? El sótano, Annamarie, dije. Ay, no, el sótano no, dijo ella. Sí, me temo que sí, dije. Pero ¿sabes qué fue lo peor, Redmond? Que nunca se arrepintió. Nunca. Cada vez que la miraba a los ojos veía que seguía pensando en él. Aquella vieja víbora seguía en su cabeza. Estuvo a punto de partirme el corazón, ya lo creo.

—¿Y qué hiciste?, le pregunté. Mi saliva formaba una espesa y desagradable bola dentro de la boca.

Bajó la vista y la clavó en el suelo. Después volvió a levantarla y mostró los incisivos. La mirada que me lanzó me heló la sangre.

—Te gustaría saberlo, ¿verdad? Quién sabe... Quizá te lo cuente. Quizá un día te cuente cómo terminó todo entre nosotros. Entre la preciosa Annamarie Gordon y yo.

Era lo último que yo quería oír, cualquier cosa que tuviera que ver con un amor malogrado. Porque en esos tiempos mi matrimonio con Catherine era casi perfecto. Una unión impecable. El tipo de relación de pareja con el que sueña la gente. Nos habíamos conocido en un baile en julio de 1980, en un pueblo del condado de Cork donde yo estaba cubriendo una noticia. Ahora ni siquiera recuerdo qué era. Ella pertenecía a los Courtney, una conocida familia de comerciantes de la zona. Su belleza era única: así de sencillo. Recuerdo haberle comentado que era raro encontrar a alguien como ella trabajando en un bar. Se rió y dijo que había estado estudiando historia y filosofía en la Universidad de Cork, pero que no había aprobado los exámenes de final de carrera y no se había molestado en repetir.

—Son cosas que pasan, dije un poco distraído, tratando con discreción de evitar sus preciosos ojos verde mar.

Terminamos saliendo, y al cabo de tres o cuatro semanas... bueno, si hablamos de hechizo del corazón, todo lo que puedo decir es que llegué a saber bastante del tema. Hablando en plata, me terminé enamorando hasta el tuétano de Catherine Courtney. Contándole cosas que jamás le había contado a nadie.

Algo lamentable, desde luego, en vista de lo que ocurrió.

Adquirí la costumbre de bajar desde Dublín a la menor oportunidad. Me encantaba sentarme a su lado en el pub mientras ella almorzaba. Me contó que adoraba al músico John Martyn, del que

yo, hasta ese momento, no había oído hablar nunca. Situación a la que puse remedio de inmediato, y la siguiente vez que volvimos a vernos le regalé un disco suyo llamado *Grace & Danger*. Había en él un tema que ella llegó a adorar. Se llamaba «Pequeño y dulce misterio» y cada vez que lo oía me emocionaba. Era en cierto modo como si John Martyn lo supiera. Si es que eso no parece demasiado estúpido. Muchas de las cosas que ella decía yo ni las oía, de lo absorto que estaba mirándole los labios o el pelo. Un día me encontré diciendo:

—Catherine Courtney, ¿te casarías conmigo?

No le había dado ningún aviso previo.

—Sí, dijo. Sí, Redmond, me casaré contigo, dijo inclinándose hacia delante y cogiéndome la mano.

No me podía creer mi buena suerte. Me quedé sentado mirándola en silencio, como un bobalicón. Entonces ella se echó a reír y me besó en la mejilla. Llevaba un collar de plata que manoseaba con cierto nerviosismo, jugueteando distraída con el colgante, una brillante inicial, la letra «C».

—¡Qué cara has puesto!, dijo, y volvió a reír mientras las mejillas se le teñían de rosa.

Nos casamos exactamente seis meses más tarde, en 1981. Yo tenía cuarenta años y ella veintidós, pero la diferencia de edad carecía de importancia. Era lo que ella decía y lo que yo sabía.

Fue el mejor día de mi vida. Sin duda.

Alquilamos unos bajos en Dublín, en un barrio residencial del sur, Rathmines, en una decadente y laberíntica casa georgiana de Cowper Road. No era gran cosa, pero era lo que estaba a nuestro alcance. No importa, nos dijimos, ya conseguiríamos algo mejor. Tarde o temprano nos llegarían las vacas gordas.

—Y, quién sabe, quizá podamos tener una mansión, solía decir Catherine, echándose la bufanda hacia atrás con una pícara carcajada.

Los fines de semana visitábamos casas que estaban en venta, sólo por diversión y para hacer algo. Hubo una a la que tomó un especial afecto. Estaba situada en la zona residencial de Rathfarnham, en Ballyroan Road. Tenía en la parte trasera un pequeño y encantador manzano. Notaba por su expresión que le encantaba esa casa.

—Algún día, quizá, mi amor, recuerdo haber dicho, apretándole un brazo mientras caminábamos hacia la parada del autobús.

Oírla tararear hacía bien al corazón. Tarareaba la canción aquel día en el autobús mientras volvíamos a casa.

Es ese pequeño y dulce misterio que hay en tu corazón,
es ese pequeño y dulce misterio lo que me hace llorar.

Yo seguía trabajando para el *Leinster News*, publicando por entregas mis artículos e iba a visitar a Ned. Rathmines era entonces un sitio muy bonito donde vivir y Catherine conseguía trabajo en los diversos bares, frecuentados sobre todo por estudiantes. Yo solía encontrarme con ella después del trabajo en el Sunset Grill, un sitio pequeño a poca distancia de la biblioteca. En esa época lo que más nos gustaba eran las copas de helado con macedonia y mucha nata.

Ya sé que era estúpido. El amor nos vuelve así.

Seguimos viviendo en Cowper Road. Después, al cabo de dos años, llegó nuestro primogénito, una niña, en marzo de 1983. Decidimos llamarla Imogen, como la abuela de Catherine. Era una verdadera maravilla. Mirarla, escucharla, todo. Cada día, al despertarme, me llenaba el corazón de orgullo. Catherine Courtney era para mí un

regalo. Y ahora estaba Imogen. Se parecía a la madre: los mismos ojos verde mar y la misma risa. La sacaba por la tarde y empujaba su cochecito por las calles de Rathmines antes de encontrarnos con su madre en el Sunset Grill al terminar ella su turno en el pub.

Mirabas a Imogen y te sentías culpable: ¿por qué, pensaba, soy tan privilegiado? De vez en cuando me daban una bonificación y llegaba a casa de improvisado con un regalo: quizá un disco o un libro para Catherine y algo del Centro de Aprendizaje Precoz para Immy. Así la llamaba yo ahora. Muy de vez en cuando, los días en los que la chica de arriba se ofrecía a hacer de niñera, íbamos a Slaterry a tomar una cerveza. Pero eso, por lo general, no nos preocupaba. Para ser bien sinceros, no queríamos ir. Estábamos igual de contentos escuchando a John Martyn o viendo *Dallas* en la tele. *Dallas* nos volvía locos.

—¡Te quiero, J. R.!, decía Catherine.

Se convirtió para nosotros en una especie de muletilla.

—¡Te quiero, J. R.!, decíamos riéndonos mientras Immy gorjeaba y Catherine, sentada a la luz del hogar, leía moviendo los dedos de los pies y pasando con serenidad las páginas.

Camino del trabajo me ponía a soñar despierto, incapaz de entender qué había hecho yo para merecer tan abundante y pura felicidad. Pero ya sabemos que nada, nada es nunca tan sencillo.

Siempre deberíamos tener eso en cuenta.

Llevábamos viviendo en Rathmines casi cuatro años y no teníamos ninguna intención de cambiar cuando, en marzo de 1985, el *Leinster News* quebró y después de meses buscando empleo en la ciudad con poco o nulo éxito, cuando estaba a punto de preocuparme en serio, me ofrecieron, de golpe y porrazo, un puesto en un pequeño periódico de Londres, el *North London Chronicle*.

Al principio, no lo negaré, tuve mis dudas. Parecía un paso muy arriesgado con una niña tan pequeña, etcétera. Y los detalles del sueldo eran como mínimo imprecisos. Pero después de mucho hablarlo, Catherine me aconsejó que lo aceptara. Dijo que hacía tiempo que le daba vueltas a la idea de volver a la universidad. Y Londres ofrecería muchas oportunidades; quizá era hora de ampliar nuestros horizontes.

En resumidas cuentas, los llamé y acepté.

Nos mudamos a Londres unas semanas más tarde y tengo que reconocer que al principio todo parecía muy prometedor. Pero entonces volvió a intervenir el destino y tuvimos lo que podríamos llamar otra pequeña desgracia. El *North London Chronicle* fue comprado por un periódico de la competencia y a la plantilla —incluido yo— nos despidieron sin indemnización. Al principio hubo mucho palabrerío de indignación en el pub, donde el representante sindical prometía justicia y venganza. Pero al final, como yo ya suponía, su apasionada beligerancia acabó en nada.

Pero a pesar de eso Catherine Courtney y yo no nos desanimamos, y fuimos consiguiendo algún trabajo. Yo pasé un tiempo en un periódico gratuito de Cricklewood y Catherine trabajaba algunas horas en una licorería llamada Victoria Wine y en varios cafés y bares. Entonces descubrimos que si uno de nosotros no trabajaba salíamos ganando, porque los dos teníamos derecho a pedir una renta de inserción y un subsidio de vivienda. Lo discutimos durante un tiempo pero al final decidí que yo podría trabajar en casa, vendiendo artículos como colaborador externo. Funcionó de maravilla: dejaba a Immy en la guardería todos los días y me sentaba ante la máquina de escribir. El resultado, contra todo pronóstico, fue que alcanzamos un nuevo nivel de felicidad. Algo que ningun-

no de los dos hubiera considerado posible, teniendo en cuenta lo felices que ya éramos. Era extraordinario de verdad. Y eso me hacía sentir tan... orgulloso. No pensaba más que en los prodigios que, en la adversidad, pueden ocurrirles a un hombre y a una mujer normales. La única condición es que tengan la dicha de estar enamorados. No hay felicidad ni alegría que puedan compararse a lo que sientes en una situación tan afortunada. Recogía a Imogen todos los días a la misma hora, y charlaba con ella durante todo el viaje a casa. ¡Qué charlatana se estaba volviendo!

Cuánto nos divertíamos atravesando el Queen's Park, ella con el chupachups en la boca y yo cantando el tema de la serie de dibujos animados *My Little Pony*, gritando ¡«Kimono!» y ¡«Pinky Pie!»!, los nombres de todos los personajes que a ella le gustaban. De cuando en cuando, nos deteníamos y nos sentábamos en el parque a contar historias, pero no siempre era muy buena idea porque, así que terminabas de contarle una, Immy quería que volvieras a empezar. Por supuesto, eso en ocasiones te molestaba, cuando te habían rechazado algún artículo o algo por el estilo. Pero al final siempre le hacías caso. Una vez, mientras estábamos en el pequeño café, ella empezó a sollozar.

—¿Qué te pasa, cariño?, le pregunté, alarmado.

Immy señaló el suelo, donde había un gran ciervo volante boca arriba al que una columna de hormigas le sacaba las tripas.

—¡No dejes que me pillen los bichitos, papi! Se echó a llorar.

—¡Claro que no!, le aseguré, y la estreché entre mis brazos.

Todavía sollozaba un poco.

—La señorita Greene dice que los bichitos son nuestros amigos. ¡Pero si lo fueran no harían eso!

—¡Mamá!, chillaba cuando Catherine estaba con nosotros. ¡Papá cuenta cuentos... sobre el Muñeco de Nieve!

Nunca se cansaba de ver la película del cuento de Raymond

Briggs. Miraba el vídeo una y otra vez. Se quedaba embelesada, con los hombros encogidos y tiesos, mientras el muñeco de nieve salía volando por encima de los tejados del mundo.

El nuevo piso de Kilburn que conseguimos a través del patronato de la vivienda parecía fantástico de verdad. La de cosas que Catherine podía hacer con los interiores: había transformado el lugar de manera total y completa. E Imogen, a decir de todos, era la estrella del jardín de infancia. Siempre me hablaban de que era todo un personaje. Fue una época hermosa de verdad. Razón de más para que no estuviera en absoluto preparado cuando volví a casa un día después de comprar un regalo, un juguete de Polly Pocket para el cumpleaños de Imogen, y sorprendí a Catherine en nuestro dormitorio con un hombre.

Una vez en que me atracaron a la salida de un pub de Hackney, me di dado cuenta, con asombro, de que en esas situaciones no sientes la rabia que sería de esperar. En su lugar se produce un *aturdimiento* banal y desconcertante. Eso fue lo que sentí allá, dándole vueltas en la mano al juguete de Polly Pocket.

No tenía ni la más remota idea de quién era él. Jamás lo había visto. Recuerdo que pensé que parecía griego o turco. De hecho era maltés.

Teníamos unas rosas de color de rosa que Catherine había plantado en el jardín: entrelazadas, tan delicadas y frágiles. Lo único que yo veía era aquellas flores de un rosa infantil que se extendían por la hierba cuidadosamente tonsurada.

Seguí escribiendo mis artículos y presentándolos con regularidad a varias revistas. Pero, por desgracia, no tenía mucho éxito. Cosa nada

sorprendente. Mirando hacia atrás, estaban llenos de divagaciones y muy mal redactados. Parecía que no podía concentrarme en el tema sobre el que escribía. A veces se me caía literalmente la pluma de la mano. En una ocasión en la que yo estaba sentado ante la máquina de escribir, hubiera jurado que vi a Imogen, desnuda y azul, temblando de frío, tratando de atraer mi atención desde el exterior la ventana. Parecía algo tan real que casi grité. Antes de darme cuenta, en el último momento, de que estaba segura y dormida arriba, en la cama, arropada con su edredón favorito hasta la barbilla, el que tenía dibujados a Zippy y Bungle, sus amigos de la serie *Rainbow*. Era la tensión lo que me hacía pensar esas cosas. Lo sabía. Fue lo que me dije. Era lógico que, si uno pasaba por dificultades maritales, manifestara de algún modo sus ansiedades internas, razoné.

Decidí esforzarme más por mantenernos unidos. Habíamos superado demasiadas pruebas para perderlo todo ahora. Ése era, básicamente, mi estado de ánimo en ese momento. Así veía yo nuestra situación.

Entonces, un día, volví a casa y la encontré vacía. Había una nota sobre la repisa que decía que el abogado de Catherine se pondría en contacto conmigo. Nunca hay que levantarle la mano a la mujer. Es lisa y llanamente un error. Lo puede hacer un montañés inculto y nada lo justifica bajo ningún concepto.

La vista tuvo lugar a principios de 1989 y después las dos volvieron a Dublín para siempre. Ahora que vivía solo, Londres comenzó a parecerme amenazador y desconcertante. Era como si se hubiera quitado adrede la máscara antes tan simpática y renegara fríamente de su benévolo pasado. Me desconcertó. No contaba con eso. Y me produjo una gran angustia, para qué negarlo.

Me despertaba por la noche con un profundo desasosiego. Acababa de detectar aquella escalofriante *presencia* en la habitación.